





ANTONIO CARVAJAL

LA PRESENCIA LEJANA



nº 1

Colección *Espada de Luz*

SERIE LITERATURA

Directores

Antonio Chicharro y Cristóbal López Silgo

© *De los poemas:* Antonio Carvajal

© *De las ilustraciones:* Marité Martín-Vivaldi

Diseño y edición al cuidado de: Antonio Chicharro

Edición conmemorativa Premio Nacional de Poesía 2012

Editan: Asociación de Padres de Alumnos “Torres Bermejas”
Instituto “Alhambra” de Granada

Depósito legal: Gr-166/97

Imprime: La Gráfica, S.C.And.
c/ Ricardo del Arco, 4 y Ziríes, 1.
18005 Granada

PRESENTACIÓN

Antonio Carvajal agrupa bajo el título de La presencia lejana una serie de poemas que toma como referente la Alhambra, ofreciéndola como sección segunda en su libro Testimonio de invierno (Madrid, Hiperión, 1990), publicación que mereció el prestigioso Premio de la Crítica correspondiente a ese año.

La Asociación de Padres de Alumnos “Torres Bermejas” y el Instituto “Alhambra” de Granada agradecen al poeta y a Ediciones Hiperión la autorización a publicar no venalmente estos poemas para uso cultural y disfrute estético de alumnos, profesores y padres. Asimismo, muestran su agradecimiento a la pintora Marite Martín-Vivaldi por las ilustraciones realizadas en exclusiva para la presente publicación.

Finalmente, estas instituciones culturales escolares reconocen y rinden homenaje con esta publicación al espacio mítico, cultural, arquitectónico y artístico de la Alhambra, a la postre espacio histórico del que toman sus nombres, que ha provocado las espléndidas soluciones estéticas, verbales y plásticas, que amorosamente guardan las páginas que siguen, inaugurando con este volumen la colección Espada de Luz, metáfora carvajaliana de un surtidor de la Alhambra, instrumento al servicio de la comunidad educativa del Centro.

A Francisco Acuyo Donaire

Primer acorde

Hacia las cumbres iba,
hacia las verdes cumbres, su deseo.
Allí aprendió que la melancolía,
cuerpo lento del tiempo,
cuerpo del agua frágil detenida
en los vasos secretos,
a conformar empieza la memoria.

Lleno de suaves algas y de pétalos
sumergidos, de platas indecisas
y de leves luceros,
allí esperó que la frescura nítida
y los blandos oreos
condujesen su sed, su amor, su dicha
sin nombre hasta los cielos,
las visiones perfectas, la precisa
iniciación del vuelo
y supo allí que la belleza efímera
es de toda verdad fuente y espejo.

*Mimosa al pie
de Torres Bermejas*

Hecha costumbre y luz de amanecida
su floración espero desde aquellos
ya muy lejanos días de mi última
niñez

Contra la torre plana, árida
o tal vez ávida de cielo, pone
su dorado cantáble, jugoso
como si todos los canarios que
en la ciudad se alberga se reunieran
en un copo gracioso, todo brisa,
pluma, plumón y cántico primero.

La mimosa florida, florecida,
floral , el pie bermejo de la torre
calza con blanda hebilla o con botón
de seda. Y la que fue prisión terrible,
erizo en armas y feroz presidio,
toma la forma de galante décima
–prisma del verso– y rima sus rubores
con la flor y el amor y el sol y el gozo.

*Pintura mural,
Torre de las Damas*

Iban con sus banderas hacia oriente,
desplegadas, vibrantes, rojas, vivas
en un viento feliz, la llama al cielo.
Caballeros que fueron y jinetes
que ya no son sino una mancha casi
borrada en una estancia cuyo aroma,
las ventanas cerradas, me recuerda
el de las altas cámaras de casa
de labor, nunca el aura que se aspira
en grácil torre abierta hacia jardines:
Jardín, estanque, palmas, blancas casas,
un breve río musical y cauto,
leves montes, nevada sierra, cimas
de la delicia; el valle, paraíso.

Hacia el valle también los caballeros,
hacia donde la luz y la alegría
fingen tener su manantial perenne.

*Escena
junto al muro*

Lloraba contra el muro.
Contra el muro
dejó caer las lágrimas.
Caía
porque creyó.
Crejó.
Se deshacía
el muro con sus lágrimas.
Oscuro
es todo cuanto el hombre y su inseguro
proceder descubrieron: la alegría
incierto, como la melancolía;
no las puede explicar.
Si fuera puro
–pensó–, fuera feliz.
Mas no encontraba
en sí la culpa.
Era desdichado
por no saber, por no saberse.
Hubo
un paraíso junto al muro.
Estaba
antes, atrás, arriba, derrocado,
siempre perdido en quien lo amó y lo tuvo.

*Vista general desde
el cementerio*

Desde este interminable y angustiado
presente que se nutre del recuerdo
mientras éste es dolor, y del olvido
cuando el dolor se apaga y nos orea,
presente tú e incorporada en este
mismo dolor, vacía de sentido,
vacía de tu historia, y angustiada,
te ofrece y te orea
de la sangre pasada que te tiñe
bajo un azul limpiísimo y bruñado.

Madre sin hijos, huérfana tú misma,
desposada sin vínculo ni arrimo,
¿qué esperas de tu soledad, qué esperas
de tu infinito gesto de piedad,
bermejo el pecho, azul el cielo, rota
por un puñal de sol entre silencios?

Doy la espalda a mi historia, a mi dolor
de huérfano, a mis vínculos de hermano,
me doy la espalda a mí mismo, y te miro
a ti, a ti, la herida, la doliente,
la profanada y la infeliz y sola.

Sentada entre dos valles, arrullada
por dos valles gozosos, por tus venas
oigo fluir la sangre de los siglos,
y sé que el tibio bosque que te arrulla

se nutre de las vidas que te dimos.
Que nuestra muerte es flor en tus jardines,
que nuestros corazones son tus fuentes,
nuestros ojos tus ebrios ajimeces,
nuestra voz rui señor para tus noches.

Para tus noches encerradas son
nuestros dolidos, doloridos cuerpos,
entre tus pies tendidos, dulcemente
la cabeza acogida en tu regazo,
madre de este dolor que te traspasa
sin hacerte sangrar, como la espada
de luz de un surtidor hiere la brisa
constantemente y su dolor es canto
y su canción es lágrima en los labios.

*Vista de la Alcazaba
desde la Vega*

Sobre los chopos de la primavera,
casi carmín la gema y lana alada
ese como vilano de sus copos,
a la hora precisa en que la tierra
muestra su faz a un sol cumplido y plácido,
te ha vuelto a conocer.

Cantaba el río,
gris zagal de los hielos, por un cauce
con centellas de mica y entre hoscas
paredes, y en los montes verdes era
de posible jazmín la grata nieve.

No recordaba cómo te encendías,
cómo tu faz de un casto sol tocada
súbito adquiere fulgor de caléndula,
mientras la exacta arista de una torre
un lienzo oscuro deja entre dos brillos,
tu faz de luz y el terso azul espléndido.

Sola sobre las lanzas apretadas
de los esbeltos, prietos, musicales,
grises, garridos y elegantes chopos,
contra el verde del monte, contra el cielo,
plena apareces y concreta y pura
como si el tiempo nunca te tocara.

No he querido pensar que con la brisa
que los chopos perturba parecieran
agitarse tupidos los mocárabes;
que, al igual que remansa sus lorigas
el río, los estanques; que, lo mismo
que tu aristas parten en mitades
de luz y sombra el ámbito, mi propio
cuerpo construye un ajimez al cielo;
me ha bastado mirarte y en tus muros
reconocer la vieja profecía:
*para cada dolor habrá un olvido
y para cada amor una esperanza.*

*Meditación
sobre los muros*

Habría que mirar al otro lado,
nunca al revés, nunca el reflejo, nunca
la sensación de luna que lo toca
todo y en todo pone un halo triste.

El otro lado que el pudor reserva,
el humilde soporte de esta gloria
para los ojos, de este gozo táctil,
de esta pasión sin voz para el oído,
y no atreverse a que los dedos rocen
su materia tan frágil, tan propensa
a resbalar como ceniza o lluvia.

Ser sombras y pasar, mas sin ruido,
sin voluntad de jaspes, de filabres,
de pórfidos, de yesos, para hacerse
eco del sufrimiento de su arcilla
temerosa del agua, temerosa
del pájaro y sus nidos, de la hiedra
cuyo vigor se nutre tenazmente
de una futura destrucción;

temer
y temblar porque, alzados, ni ella quiere
caer, desmoronarse, confundirse
con nuestra lenta conclusión sin fechas,
ni nosotros queremos su caída.

Peinador de la reina

Blancas palomas, pardas abubillas,
gallardos francolines, codornices
cautas, perdices rojas, tibios gansos,
diminutos polícromos jilgueros,
opacas filomenas, tintas prognés,
pomposos gallos, tórtolas menudas,
cerezas, guindas, moras, higos, peras,
madroños de un subido carmesí,
albaricoques, priscos y velludos
melocotones, rosas y peonías,
hiedras, laureles, zarzas y jazmines,
oscuros barcos en la mar oscura,
sobre la mar mural tras de los vidrios,
un mirador galante, un peinador
para la reina.

¿Para quién?

El viento
entra, sale, se va, vuelve, te toca,
te hace volver el rostro: tejas, patios,
huertos conclusos, un arroyo, un río,
este monte feliz, esta agrupada
confusión de la vida y la memoria,
la reina que no está, las bellas frutas
para la vista. Y pájaros sin canto,
una mancha, un matiz: Melancolía.

*Estanque
entre arrayanes*

Si no fuera un dolor el propio rostro
y si el dolor no fuera nuestra patria
—la sola, la terrible y triste imagen
que nos lanza a los otros, como espejos—;
si el pájaro que trina en poderosa
guerrera torpe que repite el cielo
cerrado de la noche, nos negara;
si fuera la sospecha de mirarse
en aguas quietas verdes la promesa
de un paraíso: el cielo de la aurora,
y el cielo del fulgor y el lento cielo
de la tarde, en el agua, limitado
sobre este propio rostro y la noticia
de otra paz interior; si las menudas
y blancas flores de los mirtos fueran
no lágrimas, estrellas; mas si el cuerpo
rompiera su temblor y, agua en el agua,
salpicara las murtas con las aguas
de otro gozo lustral, oh patria intacta
de la felicidad, se te hallaría
también entre estas aguas, estos muros,
este cercado cielo sin promesas,
este lecho mortal de la delicia.

No fue vuestro vivir una delicia
aunque la lluvia con flagelos ágiles
de plata las graciosas amapolas
azotara en castigo de su robo,
vuestro rubor; aunque se abriera un día
la puerta, si soberbia, siempre esclava
de la ambición, para mostrar las fauces;
del poder como el sol en sus levantes;
aunque un cuerpo garrido y mozo y grácil
anduviera en las aguas como luna
por el cielo estrellado. No hubo dicha
ni perfección: la muerte estaba cerca
y la desolación y los olvidos,
y desvalidos os perdistéis como
quien os evoca, os compadece, os sueña
en un mundo mejor, que no le consta,
en un siglo mejor, que nunca hubo.

Cuesta arriba. Calor. La primavera vino, como se sabe bien que viene, con la despierta savia, con los días más luminosos, con las gemas prietas a punto de estallar y el progresivo celo de cuanto vuela, polen, pájaro.

Cuesta arriba. Las nubes. En la nieve resbala un sol o musical, o tibio. La fronda, con el viento, despereza vahos y aromas. Cautelosamente el agua gime en fuentes y en acequias, tal vez amedrentada por los trinos del ruiseñor.

Con el sudor, los labios se mojan de otra sed: saben a musgo, a muerte redimida, a otro deseo.

Apoyada la frente en la frescura tersa de una columna, la mirada busca un león, sus fauces, una lengua vibrante de agua que no cesa y canta como la luz, como las frondas, nítida y negada al rumor de tu agonía.

Patio de los arrayanes

Capaz de Dios se dijo que es el hombre;
de ti también, que arrojas a hurtadillas
unas migas de pan –¿por qué en tu mano
unas migas de pan?– para que vengan
los minúsculos peces a comerlo
casi en el haz del agua de esta alberca
que es trasunto del cielo y no mentira.

No miente el agua, que es capaz de Dios,
de un Dios clemente cuyo nombre llena
las paredes hermosas de esta casa,
y el corazón llenó también del hombre.

El agua que era un don para la vida
y se hizo gozo de la piel, espejo
de esta morada un día esplendorosa
donde el poder de Dios, su techo el cielo,
mientras el pez insomne perseguía
la mirada de Dios entre las aguas.

Patio de los Leones

Un cielo azul, un horizonte quieto
–teja de barro, copa puntiaguda
de ciprés, filigrana de los yesos–
y el agua, el agua, el agua, el agua, el agua
–cruzaba un gorrión, cruzó una nube,
pasaron los vencejos, muere el día–
y siempre el cielo azul, el horizonte
quieto, la piedra gris incorporada
como león, como palabra hermosa
que da sentido y emoción al agua,
el agua en el oído, el agua al cielo,
a la vista, a la piel que la percibe
como aurora ofrecida hasta sus labios.

Hasta mis labios que dijeron: paz,
claridad, delicia, iguales a sus
nombres.

Y otra vez paz: Un cielo azul;
delicia; un horizonte quieto;
claridad desde el agua sobre el agua
por el agua hacia el agua para el agua
contra el agua hasta el agua. El agua.

Nombres.

*Salas del Patio
de los Leones*

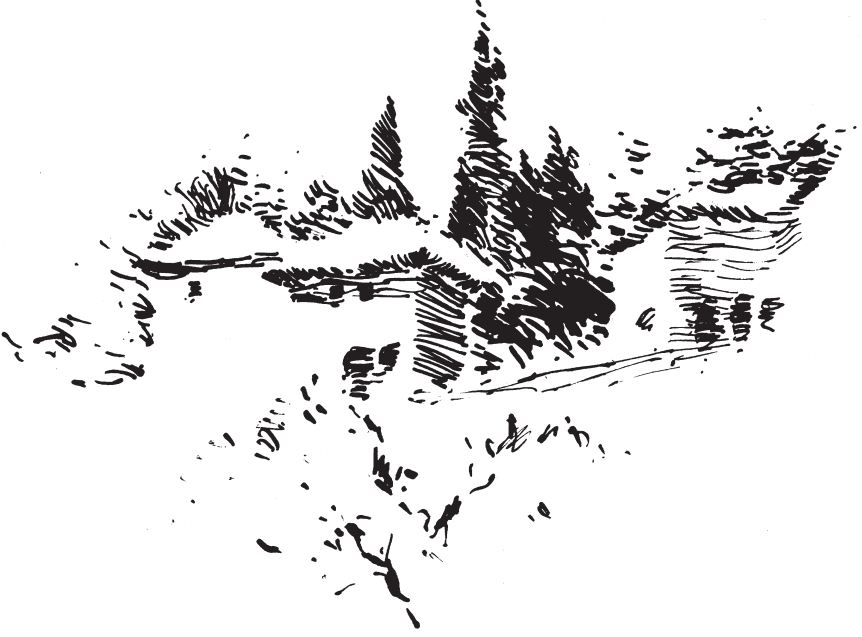
¿Quién te trajo hasta aquí, madre nutricia
de la luz, tú, la luz misma
incorporada en agua, que los hombres
no dudan en manchar con sus monedas
como compran deseos?

Como compran
un cielo con sus vanas oraciones
y sus vanas promesas de una vida
de sacrificio que su Dios no exige,
de sufrimiento que su Dios no acepta.

Porque Dios no responde. Y su silencio
a veces pende sobre el alma como
esta bóveda pura de mocárabes
que el esplendor aún guarda de otra aurora,
de algún atardecer cuando, entre nubes,
un sol cadente, incandescido, pone
roja la nieve de la primavera,
rojos los muros, rojas las colinas,
y el corazón enciende de los hombres.

Corazón encendido de nostalgias,
de sueños imposibles, de un deseo
que se llamó felicidad y ahora
perdió hasta el nombre, el nombre y la figura
con que el alma quedara modelada.

Que calla el Dios. Y el hombre, arrodillado,
mira el cielo en el agua, ve las nubes
romperse y –quieta el agua– transformarse
en puro azul de ausencia su mirada.
Y cuenta las monedas. Y se vuelve
y reposa en la fresca lacería
del azulejo quieto: Así, ordenado
su pensamiento en simulada estrella,
mide la tierra, mide el cielo, mide
la duración exacta de sus pulsos,
desprecia el oro y sale al patio quieto
para aspirar la brisa que le llega
de un próximo ciprés, de un Dios perdido.







Esta reedición, que ve la luz como homenaje al autor al serle concedido el Premio Nacional de Poesía 2012, consta de mil ejemplares, numerados a mano, de los que cincuenta lo son en números romanos y doscientos cincuenta en números arábigos. Se acabó de imprimir en los talleres de La Gráfica, S. C. And. de Granada, el día 22 de febrero de 2013, fecha del LVXIV aniversario de la muerte de Antonio Machado en Collioure.

Ejemplar número: